

Recordar, compartir, aprender

Alicante

Ceferino Riquelme Rocamora, 83 años
Juan Angel Conca Pardo

DÓCIL CORDERO

Un cordero tarda muy poco en desangrarse si el corte es limpio y pende colgado desde las patas traseras. La visión de la muerte del pequeño animal puede parecer algo cruento, pero muchas veces la felicidad se encuentra en detalles que ahora nos parecen tan lejanos y extraños.

Ceferino es un hombre absolutamente vigoroso: habla deprisa y cuenta mucho, pero además se bebe en un suspiro los escalones que conducen a su casa en un cuarto piso. Tiene 83 años, pero cualquiera lo diría, tampoco su médico.

Cada mañana, bien temprano, exprime dos naranjas y un limón como desayuno. Hace años que no toma café y sigue pareciéndole una extravagancia empezar la jornada con algo de alcohol. No sólo se las apaña bien para cocinar, si no que además establece un claro sistema de limpieza: los miércoles toca la ropa blanca, en particular las sábanas que cambia cada semana.

Es ahí, hablando de lavadoras, cuando sus ojos, siempre vivos, se llenan de picardía. No es que me haya contado la razón, pero yo la he descubierto: Ceferino se alegra de ser demasiado pequeño para doblar el solo las telas.

Viéndole cómo se desenvuelve, no hay duda de que sería capaz de encontrar un sistema para lograr dobleces perfectas en la ropa de cama, pero quizás su preocupación más bien pase por deshacerla; Ceferino tiende las grandes sábanas para necesitar ayuda a la hora de guardarlas. Es por eso que su amiga, de cuyo nombre no suelta prenda, le visita todos los jueves desde hace dos años.

Sí que cuenta que con ella se va a bailar. Esta semana han estado en Colonia Requena, la anterior en el centro Gastón Castelló, creo que este sábado también tiene intención de pasear por la Explanada, un paso muy grande para una mujer a quien sigue importándole las miradas ajenas por mucho que lleve 20 años viuda. Pero no hay duda, nuestro hombre conseguirá convencerla después de tanto tiempo.

Ceferino es uno de esos galanes sinceros, sencillos y caballerosos que a los jóvenes nos resultan tan pasados que en ocasiones deseáramos que volvieran a resurgir. No es que estemos hablando de un embaucador o un casanova, simplemente tiene el encanto que aún siguen buscando las mujeres: tratarlas como únicas. No es extraño que levante pasiones y envidias.

Mientras que el resto de compañeros vegeta frente al tapete de fieltro, Ceferino acude a la playa donde nada, hace ejercicio y charla con la gente. Luego pasa el día recorriendo las calles de Villafranqueza recolectando las cuotas de la Asociación de Vecinos, ejercicio que mantiene ágil sus piernas y su cabeza, ordenador privilegiado en el que almacena haberes y deberes, direcciones y horas a las que pasar.

Más envidiosos se pondrían los compañeros si supieran algunas de sus aventuras. Como esa reciente en Tenerife, donde sentado en primera fila de un espectáculo fue sacado al escenario. Una rotunda bailarina, de largas piernas y escote impronunciable, le preguntó si había venido sólo. Ceferino no mintió en su respuesta al micrófono: “no, he venido con mis siete mujeres” y, efectivamente, siete manos se alzaron entre el público encantadas de ser llamadas así. Sólo los años y la naturalidad podían transformar ese posesivo, en un determinante de cariño y aprecio.

Para él no ha sido fácil llegar hasta aquí. Tampoco fue sencillo para aquellos que han quedado en el camino. Nacer en La Murada, pedanía de Orihuela, en 1926 era garantía de trabajo en el campo y existencia

tranquila, pero no de buena vida. Frente a eso el cuerpo y el corazón de Ceferino tenían que rebelarse tarde o temprano, y lo hicieron a bordo de una bicicleta.

Desde 1947, una vez casado, Ceferino comenzó a emprender un extraño viaje semanal de 50 kilómetros a lomos de un enredo de hierros con dos ruedas. De nuevo lo que le llevaba a recorrer toda la provincia es algo que puede resultarnos cruento: la leche de una cabra, tan escasa como codiciada, anima a matar cuanto antes al cabritillo. Ceferino decidió aprovecharse de ello.

Recorriendo Albaterra, Cox y Granja de Rocamora el empresario en ciernes trataba de hacerse con la mayor parte de los animales a fin de alimentarlos y criarlos con más peso. Con ello tenía el producto, pero no el mercado. En la Vega Baja no hacían falta cabritos ni corderos, pero sí en Alicante. Así que, no encontró mejor solución que atar semanalmente las patas de una docena de animales y disponerlos meticulosamente en un cajón para transportarlos hacia la capital.

Como hemos dicho, el viaje se hacía en bicicleta, siendo la única fuerza motriz las mismas piernas que hoy resisten prodigiosamente 60 años después. El recorrido era sinuoso y no se entretenía en Torrellano puesto que entonces la única manera de llegar a Alicante pasaba por la carretera de Bacarot. Tras una agotadora jornada, era capaz de descargar más de 70 kilogramos de caprino en el matadero, un esfuerzo descomunal.

Antes de comenzar esta fantástica aventura, Ceferino había decidido asegurarse dos capitales imprescindibles: su esposa Ana y un préstamo de 3.000 pesetas. El segundo se debió a la intercesión de un primo suyo ante la Caja de Ahorros de Nuestra Señora de Montserr, pero la conquista de Ana, como no, corrió enteramente de su parte. Y no fue fácil.

Ella tenía catorce años cuando se conocieron; él ya había vuelto del servicio militar y superaba la veintena. De nuevo se trata de una circunstancia pasada, superada e incomprensible a nuestros ojos, pero efectivamente Ceferino esperó cuatro años hasta poder casarse con ella. Más largos le parecieron los tres meses que tardó en conseguir arrancarle un baile, pero ya sabemos de su perseverancia en estos asuntos.

Eran tiempos tan diferentes como difíciles, quizás por eso los siguientes años le siguen pareciendo una rápida sucesión de logros. De aquella bici pasó a comprarse una motocicleta en 1955, un lustro después llegaría aquel Citroen de dos caballos, que serviría de entrada para la furgoneta Mercedes. El relevo de vehículos se cerró con un camión Avia, pero mientras el tonelaje iba creciendo, los límites de Alicante fueron quedándose pequeños.

Cuenta con emoción aquel gran trato que logró cerrar en Granada. En la ciudad de Baza un señorito, algo atolondrado en cuestiones del campo, había dejado que dos novillos engordaran más de la cuenta. Aquellos cabestros rebosaban grasas y algunos meses más de los ideales para su venta. Afortunadamente Ceferino logró convencer al matadero y a varios carniceros de Alicante de manera que la ganancia fue general.

Fue gracias a aquellos tratos que aquel niño vigoroso, entusiasta y perspicaz tuvo que decidir salir definitivamente de La Murada. En 1968 se trasladó a Villafranqueza, ese barrio que antes fue un municipio independiente, lugar del que forma parte y estandarte. Aquí sigue siendo respetado y apreciado, aunque Ceferino sabe que en su contra tiene ser un superviviente tan eficaz a los años.

Ceferino sabe, por ejemplo, que pudo sacarle algunas pesetas a la ineptitud de aquel señorito gracias a ser más listo, pero nunca preguntó por qué, aquel menos espabilado que él, menos resuelto que él y menos trabajador que él, tenía mejores tierras, ganado y fortuna que él y su familia. Ceferino recuerda aquellos años como de orden y silencio, pero los actuales le parecen similares. Nuestra vida, al igual que la del cordero, también tiene claro el punto final de la muerte, “la diferencia es que morir más tarde, mejor criado y en Alicante ha sido decisión mía”. Quizás no le falte razón, por muy cruento y pasado que nos parezca.